

La historia social y la historiografía española

Santos Juliá

Como recuerda F. M. L. Thompson en el prefacio editorial a su reciente *The Cambridge Social History of Britain, 17.50-19.50*, la historia social es un campo cuyos contornos y fronteras han experimentado durante la última generación cambios fuera de toda medida: joven disciplina que carece de un marco de ortodoxia convencional, la historia social —escribe Thompson— deriva su atractivo y su fascinación de su apertura sin límites, de su libertad respecto a tradiciones establecidas, de sus hábitos eclécticos, lejos de la necesidad de sentirse respaldada por una versión autorizada. Esta carencia de límites reconocidos, de ortodoxia aceptada, de paradigmas dominantes, es la que ha permitido a Thompson incluir en los tres volúmenes que forman esta historia, junto a los temas clásicos y a las síntesis regionales, cuestiones como el crimen, la bebida, la alimentación, la casa, el ocio, la salud, la filantropía, los espacios de la sociabilidad 1.

Pero esas mismas características que Thompson destaca como síntomas de juventud y vitalidad, han sido aducidas por otros autores como prueba de una evidente crisis de la historia social que, al ser incapaz de dar cuenta —ni proponérselo— de la totalidad, ha fragmentado su objeto y no puede ofrecer más que historias en migajas. El debate se ha abierto, como es habitual en todo debate teórico, des-

1 THOMPSON, F. M. L., *The Cambridge Social History of Britain, 17.50-19.50*. 1, *Regions and Communities*; 2, *People and their environment*; 3, *Social agencies and institutions*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, 1992.

pués de que la práctica de investigación haya roto los límites impuestos por los grandes paradigmas historiográficos dominantes desde la guerra mundial y ha respondido a la exigencia de la comunidad de historiadores de pensar teóricamente lo que venía haciendo ya en la práctica, como resultado de tanteos, del desbroce de nuevos caminos y de la apertura de nuevos campos más que de grandes teorías establecidas. Como sabernos desde Kuhn, la invención de nuevos paradigmas sigue a los resultados de la investigación emprendida para hacer frente a las «anomalías» y a la acumulación de nuevas preguntas que los paradigmas dominantes no pueden solucionar o responder².

El debate sobre la crisis de la historia social que aquí va a interesarnos fue iniciado en un célebre artículo de Lawrence Stone en el que sometía a crítica las conquistas de la desilusión provocada por el modelo de determinismo económico y por el declive del compromiso político e ideológico de los historiadores. Esa desilusión o cansancio y ese despego habrían llevado a plantear nuevas cuestiones, a descubrir nuevos objetos de investigación y a establecer nuevas relaciones entre la historia y las ciencias sociales privilegiándose ya no tanto la relación con la sociología y la economía, sino con la antropología y la lingüística³. Diez años después de este artículo, y mientras en efecto la historia social se alejaba cada vez más de la sociología y la economía y se acercaba paulatinamente a la antropología y a la lingüística, abordando las nuevas cuestiones que Stone evocaba en su artículo, dos prestigiosas revistas —*Annales* y *Storia della Storiografia*— dedicaban sendos números monográficos a replantear desde la raíz la relación de la historia con las ciencias sociales⁴.

Annales, en el último número del año 1989, publicaba un editorial en el que, bajo el título de «Tentons l'expérience», hacía balance de la versión dominante de la historia social como una historia de lo colectivo y numeroso, una historia que pretendía medir fenómenos so-

² S. KUHN, THOMAS, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1975.

³ El artículo de STONE, LAWRENCE, apareció en *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. FOX-GENOVESE, ELISABETH, y D. GENOVESE, EUGENE, habían publicado antes —*Journnal of Social History*, 10 (1976), pp. 205-220— un artículo sobre otro tipo de crisis, que llamaron política, de la historia social; pero ésta es una cuestión diferente, en la que no entraré aquí y de la que se ha ocupado CASANOVA, JILLIÁN, en *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 123-137.

⁴ *Annales ESC*, noviembre-diciembre 1989, y *Storia de/La Storiografia*, 1990, 17 Y 18.

La historia social y la historiografía española

ciales a partir de indicadores sencillos y cuantificables. A esa historia se le reconocía haber recogido y analizado un material enorme aunque al precio de haber concedido prioridad a las estructuras cuantificables y haber reificado la sociedad. Dominada por grandes modelos -funcionalismo, estructuralismo, marxismo-, esa historia se veía abandonada por un número creciente de investigadores que reintroducan la memoria, el aprendizaje, la incertidumbre, la negociación en el centro del juego social; reintroducían, en definitiva, al sujeto que los grandes modelos habían abandonado en favor de las determinaciones materiales. Precisamente, en uno de los artículos más sugerentes de un número que ningún historiador puede desconocer, Gérard Noiriel, tras constatar el agotamiento del paradigma cuantitativo, abogaba por la apertura de la historia social a una ciencia social concebida no como ciencia exacta, preocupada por encontrar leyes objetivas que expliquen los hechos sociales, sino como ciencia de lo singular, de la experiencia vivida, que interprete más que explique el sentido de la acción. Volver a Dilthey a través de Weber y recuperar así al sujeto más que permanecer en Durkheim y derivar de los hechos sociales leyes universales: en tales términos podría resumirse la propuesta de Noiriel ⁵.

Casi simultáneamente, *Storia della Storiografia* presentaba dos números dirigidos por uno de los más relevantes historiadores de la historiografía, Georg Iggers, que se proponían pasar revista a la historia social a finales de los ochenta. Iggers daba por supuesto, en la introducción a la colección de artículos, que el consenso de mediados de los 70 en torno a la concepción de la historia social como una historia analítica y cuantitativa de las estructuras y de los procesos sociales había sido sustituida por el retorno de la narrativa predicho por Stone, por un nuevo interés hacia los pequeños grupos y por una diferente concepción de la comprensión histórica. Como ya había señalado el propio Stone, la historia social se había acercado cada vez más a la antropología y a la semiótica dando así lugar a un debate del que podía resultar un nuevo y fructífero pluralismo ⁶.

En ese debate, un conciso pero eficaz artículo de Natalie Zemon Davis daba ya por constituida una nueva historia social frente a la

⁵ «Tentons l'expérience» y NOIRIEL, GÉRARD, «Pour une approche subjectiviste du social», en *Annales ESC*, noviembre-diciembre, 1989, 6, pp. 1317-1323 y 1435-1459, respectivamente.

⁶ C. IGGERS, GEORG, «Introduction», *Storia della Storiografia*, 1990, 17, pp. 3-4.

historia social clásica. No se trata sólo de que una elija como objeto los grandes grupos sociales, preferentemente las clases, mientras la otra concede importancia a diversas formas de agrupamiento de género, edad, patronazgo, etnicidad; ni de que una utilice variables sociológicas cuantificables como la demografía, la tecnología, la economía, mientras la otra prefiere variables culturales, como los rituales o las actividades simbólicas; ni, en fin, de que la primera se mueva en amplios marcos como el Estado-nación o los imperios, mientras la segunda busca sobre todo el marco local, sino que por debajo de todo eso late 10 que es tal vez la principal diferencia entre clásica y nueva historia social: la primera explica, la segunda interpreta; o, más exactamente, la primera explica estableciendo leyes; la segunda explica interpretando significados 7.

Llegados a este punto, aparece con claridad que 10 que distingue a las nuevas corrientes de historia social de las clásicas no es únicamente la apertura a nuevos objetos acarreados de cualquier forma a la consideración de los historiadores por las nuevas ciencias sociales -valores, edad, enfermedad, sexo, trabajo, ritual, símbolos-; tampoco que, recuperado el sujeto, la nueva historia social se interese por microunidades, por comunidades locales, por acontecimientos singulares o por la vida de una persona. Lo importante es que de nuevo se da prioridad al estudio del sentido y de la acción simbólica. Y eso es 10 fundamental porque, para situar otra vez al sujeto en el centro de la preocupación del historiador, es preciso efectuar un saldo epistemológico que nos lleva, hacia atrás, hasta Max Weber para quien, como recordaba Clifford Geertz en un párrafo que condensa el fundamento de esa nueva historia social, el ser humano es «un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido»⁸. Geertz llama cultura a esa trama y considera que su análisis no puede ser una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Conocer no es en este análisis buscar causas, establecer leyes, sino interpretar expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie. La explicación se convierte en descripción densa; conocer es describir densamente, interpretar.

7 ZEMON DAVIS, NATALIE, «The shapes of social history», *Storia della Storiografia*, 1990, 17, pp. 28-34 (hay traducción española en *Historia Social*, 10, primavera-verano, 1991, pp. 177-182).

⁸ GEERTZ, CLIFFORD, *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa, 1988, p.20.

La historia social y la historiografía española

Una característica notable de este debate radica, como señala el mismo Noiriel, en que no es preciso explorar las posibilidades que ofrece la nueva historia social, la historia que reintroduce al sujeto, desacreditando a la vieja -antes nueva- historia social, cuantitativa, determinista, preocupada por establecer leyes de las que cada caso concreto fuera la variante, la excepción o la regla. Como no hay ya paradigmas totalizadores, lo que sea ciencia es lo que la comunidad de historiadores establece con su práctica como tal y, por consiguiente, esa comunidad puede proceder como procede toda comunidad de científicos, sean sociales o no: tanto por renovación de los paradigmas como por acumulación de los conocimientos obtenidos por la anterior práctica de la investigación. No es preciso echar a la basura la historia cuantitativa o la historia de grandes procesos sociales para reclamar un estatuto científico a esa nueva historia social interpretativa, de la misma manera que no era preciso desprestigiar a los historiadores alemanes y británicos del siglo XIX y principios del XX para resaltar la importancia de las nuevas corrientes de historia social francesa o británica que tanto les debían: sin la gran tradición de la historiografía económica, política y social británica no habría sido posible la obra del célebre *Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico*, que se configura en constante diálogo y debate con el medio académico, universitario, en que el Grupo surge y se consolida hasta su posterior desagregación. El conocimiento científico es acumulativo y quien despreste el pasado del que viene está obligado a saltar sobre el vacío, un deporte propio de suicidas.

Lo cual quiere decir, en definitiva, que en historia social, como en toda ciencia social, estamos abocados al pluralismo epistemológico y al debate permanente. Los tiempos de los grandes paradigmas totalizadores, tiempos en los que se decía que no había ciencia histórica sin una teoría de la sociedad, que no podía haber pretensión científica sin una teoría general de la sociedad, están pasados y bien pasados, no porque lo que se haga a partir de ese supuesto sea deleznable o inútil, sino porque será necesariamente parcial y porque sólo podrá dar cuenta de algunos fenómenos sociales. Ni el funcionalismo, ni el estructuralismo, ni el marxismo pueden mantener, con el retorno del sujeto al centro de la preocupación de la ciencia social, su vieja pretensión de explicarlo todo.

Esta crisis de los grandes paradigmas se ha interpretado como crisis de la historia social, a la que se achaca, en sus nuevos derroteros,

falta de teoría y uso impreciso de los conceptos. En realidad, como ha visto Chartier, el reflujo de esos grandes paradigmas -del estructuralismo y del marxismo, especialmente- no significa que la ciencia social, la sociología y la antropología, estén en crisis; significa más bien que el trabajo del historiador ha experimentado ciertos desplazamientos que le llevan a renunciar a un proyecto de historia global para descifrar la sociedad penetrando su red de relaciones desde un punto de entrada particular: de ahí la microhistoria, la historia antropológica, la biografía; de ahí también la renuncia a las clásicas divisiones sociales para dar cuenta de las distancias culturales y considerar así el sexo y la edad, las tradiciones, la educación, las creencias⁹.

No estamos, pues, ante una crisis de la historia social, sino únicamente ante el fin de la pretensión hegemónica o exclusiva de los grandes paradigmas de los que surgió la historia social. Por cierto, esa pretensión nunca llegó a convertirse en realidad, pues de todas formas, la historia del acontecimiento, la descripción densa, la biografía, la historia política, la historia de la vida diaria, la historia de la cultura, la antropología histórica, han gozado durante los años del predominio de los grandes paradigmas de buena salud y no han escaseado sus cultivadores. Lo que ocurre es que esos cultivadores han pasado ahora a primer plano y reivindican con fuerza no ya un lugar al sol, sino la cabeza del cortejo. No es, por tanto, el momento de una crisis, sino el comienzo de un verdadero pluralismo, del relativismo epistemológico impuesto por la sencilla evidencia de que -por aducir un ejemplo clásico- con la historia de Menocchio contada por Ginzburg hemos aprendido tanto de su mundo como con varias historias cuantitativistas, de series de precios o salarios, sean de inspiración estructuralista o marxista.

Sin duda, este pluralismo exigirá de la comunidad científica algo muy similar a lo que Paolo Rossi atribuía a la democracia: «dosis muy altas de madurez, mucha disponibilidad para escuchar, mucha capacidad para soportar, una notable capacidad de vivir con la ausencia de ilusiones». También como la democracia, el pluralismo está unido «de manera prevalente (aunque no exclusiva) a una filosofía

⁹ CHARTIER, ROGER, «Le monde comme representation», *Annales ESC*, noviembre-diciembre, 1989, 6, pp. 1505-1520, incluido en *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

La historia social y la historiografía española

(el empirismo) que no nos hace estremecer, que parece ser escasamente excitante, que nació polemizando con el “entusiasmo”, que insiste sobre los límites de lo posible, sobre lo provisional de las soluciones, sobre su parcialidad y revisión»¹⁰. Tal vez algunos interpreten este nuevo talante como crisis de la historia en la medida en que con él será ciertamente imposible reconstruir la historia como una Totalidad Unitaria. Para otros, sin embargo, sólo en él radica la incierta posibilidad de vivir a la vez sin ilusiones y sin renunciar al ejercicio de la razón.

* * *

Al afrontar ahora el tema de la situación actual de la historia social que se hace en España en relación con lo que produce en otros países es preciso alejarse por igual de dos posiciones extremas o, más bien de una, sin correr hacia la otra. Consiste esa posición en afirmar que en España no se hace historia social, que vivimos, en lo que respecta a esa materia, es una especie de territorio desértico al que fuera preciso llevar las primeras conducciones de agua. Rechazar esta visión que se resume en el célebre *en este país todo está por hacer*, no significa, sin embargo, afirmar la contraria.

Por decirlo con dos negaciones: ni esto es un yermo ni aquí ha germinado nunca una original corriente de historia social¹¹. Por decirlo con dos afirmaciones: 1) hemos producido lo que es ya un significativo volumen de estudios de historia social, pero 2) en su objeto y en la concepción teórica o el instrumental metodológico que los anima, esos trabajos son deudores de corrientes alumbradas en otras comunidades académicas. No estamos en un desierto, pero el agua que riega nuestros campos alumbrados lejos. Este es el primer diagnóstico que podría hacerse de nuestra historia social.

Las razones de esta situación vienen de antiguo, de principios de siglo. Podría decirse, en resumen, que ha habido dos momentos principales de diálogo entre la historia y las ciencias sociales de las que han surgido diferentes corrientes de historia social. La primera, en el

¹⁰ ROSSI, PAOLO, *Las arañas y las hormigas*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 239-240.

¹¹ Desearía adarar que éste, y no otro, era el sentido de las razones que daba en *Historia social/Sociología histórica* (Madrid, Siglo XXI, 1989) para no tratar de España: no que entre nosotros no se hiciera historia social, sino que en ese terreno «no había surgido ninguna corriente historiográfica original en lo que va de siglo».

primer tercio de siglo, fue resultado del encuentro de sociólogos e historiadores en torno a los tres grandes hechos sociales fundadores de nuestro tiempo: el hundimiento del antiguo régimen, la revolución industrial y el capitalismo. En Francia, ya desde Saint-Simon y Comte, la preocupación dominante de la nueva ciencia social consistía en encontrar los fundamentos de una nueva comunidad moral no sostenida en la obediencia a poderes tradicionales o en la religión; para los británicos, la cuestión central fue la radical transformación de las relaciones sociales que acarreó el industrialismo; de Alemania procedían los sociólogos que situaban como centro de su reflexión el fulgurante auge del capitalismo, de las formas de organización del trabajo industrial y de la nueva clase social, la burguesía. Comte y Durkheim; Spencer y Darwin; Marx y Max Weber son los grandes pensadores de esos fenómenos que reciben el nombre de nueva comunidad moral, industrialización y evolución, capitalismo y Estado nacional.

El diálogo de los historiadores con ese pensamiento dará lugar a las tres grandes corrientes de la historia social y de sociología histórica de la primera mitad de nuestro siglo: el marxismo británico, la escuela francesa de Annales y la historia comparada de hechos sociales de relevancia universal. Mi primera tesis es que en España no existió ese diálogo porque, por una parte, no se había producido a principio de siglo ni el hundimiento súbito del Antiguo Régimen por una revolución, ni un proceso de industrialización rápido y masivo, ni la aparición de formas capitalistas tal como fueron teorizadas por Max Weber y, por otra, porque la institucionalización de la sociología y la irrupción de una comunidad académica de sociólogos que situara en el centro de su reflexión las transformaciones de la sociedad española no tendrá lugar hasta bien entrados los años sesenta.

En España, lo que dominaba la conciencia colectiva de las élites intelectuales a principios de siglo era el desastre. Mucho se ha escrito sobre el desastre y su impacto en las sucesivas generaciones de intelectuales, sobre todo, claro está, en las del 98 y del 14. Bastará aquí señalar una consecuencia del desastre en la reflexión historiográfica: en lugar de sociólogos, en lugar de un Spencer que piensa lo social/británico en términos de evolución regida por una ley natural; en lugar de un Durkheim que piensa lo social/francés en términos de solidaridad orgánica; en lugar de un Weber que piensa lo social/alemán/europeo en términos de capitalismo, en España el dominio del pensamiento social perteneció a filósofos que salieron a los caminos

de la historia en busca del ser nacional ¹². Constituyeron como problema central de su reflexión no un hecho social, sino un concepto y hasta una metafísica -España o el ser de España- ¹³. El resultado fue que mientras en Inglaterra los grandes debates historiográficos se centraron en cuestiones como la transición del feudalismo al capitalismo o el nivel de vida de la clase obrera durante la revolución industrial; mientras en Francia se trataba de encontrar una historia total, capaz de establecer la sociedad como objeto de ciencia histórica y mientras los alemanes debatían sobre hechos sociales singulares como objeto de la ciencia social y producían obras como *El burgués* o *Economía y sociedad*, en España la gran polémica filosófico/histórica de la primera mitad del siglo, acentuada y agravada por la catástrofe de la guerra, versará sobre el origen y el ser de los españoles, que las máximas figuras del Centro de Estudios Históricos fueron a buscar a las alturas medievales o en el Siglo de Oro. No por casualidad, la única escuela española de investigación que ha obtenido respeto universal fue -según recuerda Dámaso Alonso- la creada en torno a Menéndez Pidal en la Sección filológica del Centro de Estudios Históricos ¹⁴.

Es evidente que de esa *escuela española* y de la posterior polémica en torno al ser de España -todo lo rica que se quiera- no podía nacer una corriente original de historia social, o sea, de una historia que constituye como objeto de su reflexión hechos y determinaciones sociales. Tal vez una historia social propia habría podido surgir -como ha señalado Tosep Fontana- de la obra de Rafael Altamira, pero en todo caso, si eso pudo haber sido así, la guerra y la larga posguerra liquidaron esa posibilidad ¹⁵. Habrá, como escribe el

¹² La primera cátedra de sociología de la Universidad Central es de 1916 y la ocupa, frente a José Castillejo, Severino Aznar con los votos de «tres íntimos amigos y paisanos, dos de ellos sacerdotes». LAPORTA, F. I.; HJIZ MIGUEL, A.; ZAPATEHO, V., y SOLANA, I., «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios», *Arbor*, 493 (enero 1987), pp. 72-75.

¹³ «Hace ya mudlo tiempo que todo era metafísica en España», lamentaba ZAMBRANO, MARÍA, tras afirmar que «la historia de España se nos había convertido en una encerrona»: «El español y su tradición», *Hora de España*, IV (abril 1937), pp. 264 y 266.

¹⁴ Citado por ABAD, FRANCISCO, «La obra filológica del Centro de Estudios Históricos», en I. M. Sánchez Hon, coord. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después*, Madrid, CSIC, 1988, 2, p. 505.

¹⁵ FONTANA, I., «La historiografía española del siglo XIX: un siglo de renovación entre dos rupturas», en S. Castillo, coord., *La historia social en España*, Madrid, Si-

mismo Fontana, que «partir de cero» (como habrá que partir también de cero en sociología)¹⁶ y esperar a los años cincuenta y sesenta para que se renueven los intentos de historia social debidos, como se sabe bien, a la recepción entre selectos círculos de historiadores de las corrientes francesas más que a un diálogo autóctono entre científicos sociales e historiadores, lo que no dejará de condicionar la posterior evolución de esa (re)naciente historia social.

Ha sido José María Jover —autor, por cierto, en 1952, de un excelente estudio de historia de las mentalidades— quien se ha encargado de levantar el balance de los caminos abiertos por esa historia social, de sus núcleos de interés y de los ambiguos resultados finales.¹⁷ Los límites que Jover señalaba hace veinte años a la historia social consistían en que había suscitado cuestiones fundamentales dejando en penumbra la realidad social en la que se sustentaban. Así, señalaba Jover, no hay ninguna historia que haya abordado el estudio de la sociedad española del siglo XIX de manera global. Las que lo han intentado, habría que catalogarlas, más que de historia social, de historia general a la manera clásica. Lo mismo podría decirse del desequilibrio existente entre la muy en boga historia del movimiento obrero y la desatendida historia de las clases trabajadoras y, en fin, de la atención prestada a la revolución burguesa y a la reiterada entrada en escena de la burguesía en contraste con una talla y una fisonomía que quedaban indecisas, desdibujadas. A Jover le causaba cierta perplejidad la omnipresencia de una burguesía de la que por otra parte se ignoraba casi todo.

glo XXT, 1991, p. 332. JOVER, JOSÉ M., ha insistido en la «filiación anglofrancesa del concepto de civilización que inspira la obra de Altamira», en *La civilización española a mediados del siglo XX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 310.

¹⁶ En sociología, el corte de la guerra produjo efectos tal vez más devastadores porque arrojó al exilio a sus tres figuras más prometedoras: Francisco Ayala, Luis Recaséns y José Medina Echavarría (que edita en México, en 1944!, *Economía y Sociedad*, de WEBER, MAX): ver, todavía con provecho, GÓMEZ AHBOLEYA, ENRIQUE, "Sociología en España" (1958), en GINER, S., Y MORENO, L., *Sociología en España*, Madrid, CSTC, 1990, pp. 17-50.

¹⁷ JOVER, J. M., «El siglo XIX, en la historiografía española contemporánea», en J. M. Jover, coord., *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-151. Sería interesante averiguar qué ha pasado con los grandes temas de historia social evocados en este ejemplar estudio de historiografía, lamentablemente no continuado por nadie con idéntica erudición y elegancia crítica. Yo sólo podré indicar aquí muy brevemente algunas cuestiones relativas a clases trabajadoras, burguesía y sociedad del siglo XIX.

La historia social y la historiografía española

Tal vez pueda encontrarse un motivo estrictamente histórico y de sociología académica a esta debilidad de fondo de nuestra historia social clásica. El descubrimiento de las clases sociales y de la relevancia que las diferentes estructuras de clases tienen para la configuración del poder político ha sido, en España, obra de los sociólogos que reflexionaron sobre la gran transformación de los años sesenta y setenta. No les quedó entonces más remedio que cuantificar y afinar conceptos: el éxodo rural y las transformaciones de las comunidades campesinas, la aparición de una nueva clase obrera con la expansión de las ciudades, el crecimiento de las clases medias fueron algunos de los núcleos de interés de la naciente sociología española de los años sesenta que, sin embargo, no estableció un diálogo fructífero con la historia, dedicada casi sin excepción al siglo XIX. De ahí que los historiadores hayan hablado de revolución burguesa o de movimiento obrero desconociendo casi todo de la burguesía y de la clase obrera, mientras que los sociólogos hablaban de la gran transformación de los años sesenta desconociendo casi todo de la estructura de clases anteriores a la guerra civil. Cuando la historia social se expandía en las universidades europeas y americanas gracias al diálogo entre urbanistas, demógrafos, sociólogos, expertos en nuevos movimientos sociales, antropólogos, economistas e historiadores, en España cada cual había acotado su territorio sin dar ocasión a ese tránsito fronterizo o ese cruce de caminos del que ha procedido el impulso para la historia social.

A esa razón de fondo podría añadirse la circunstancia de que la historia social contemporánea que surge de la Universidad española de los años sesenta y setenta procede de una tradición en la que domina la historia de las ideas. Aunque habría que emprender un análisis detallado y riguroso, mi impresión primera es que nuestra historia social se define, en sus orígenes recientes, por la importancia concedida al movimiento obrero y, dentro de él, a los textos en que aparecen resoluciones de congresos, ideologías de dirigentes, programas de acción. Lo social no se refiere a hecho social, en sentido durkeimiano, ni a la búsqueda de determinaciones sociales, en sentido marxista, sino a movimiento obrero y tiene el mismo significado que lo social tenía cuando se predicaba de «cuestión», algo que afecta a las clases desposeídas y a sus políticas de emancipación. No hay que decir que el influjo del marxismo en Los historiadores se centró sobre todo en una preocupación política y moral por las clases explotadas

más que en cuestiones de teoría, método o de epistemología: se era marxista si se hablaba de clase obrera o campesina aunque al hablar de ella se estuviera haciendo la más tradicional y positiva historia de las ideas.

Si se intentara trazar para el momento presente un nuevo balance de la historia social que Davis llama clásica habría que reconocer que los límites señalados por Jover, aun sin haber desaparecido, han retrocedido considerablemente. Gracias a una multitud de estudios regionales y locales se sabe hoy mucho más de la estructura social española contemporánea que hace veinte años. Por su parte, las críticas recibidas por una historia del movimiento obrero muy centrada en lo institucional y muy ideologizada han dado su fruto en una exploración más sistemática de las condiciones de trabajo y la composición de la clase obrera, y en algunos intentos de penetrar en la cultura obrera o, más exactamente, en la cultura de la minoría dirigente de la clase obrera organizada. En fin, tal vez la gran cuestión pendiente de las señaladas por Jover en 1971 sea la de la relación entre nuestra célebre revolución burguesa y nuestra burguesía. Cuestión que no tiene salida si no se define unívocamente los conceptos de revolución y burguesía y seguimos designando con idéntico concepto **-revolución-** la secular transición del feudalismo al capitalismo **-en** la que se emplearon cinco siglos según los cálculos más optimistas- y lo acontecido en alguna gloriosa fecha del siglo XIX; o designamos con la misma palabra **-burgués-** a Rockefeller y al mismísimo duque de Osuna, por el hecho de que ambos fueran propietarios de sus medios de producción en un mercado libre. En todo caso, los trabajos sobre testamentarias y protocolos notariales que se han emprendido en diversas plazas y el estudio sistemático de los padrones como mejor vía para el conocimiento de la estructura social podrán todavía decirnos cosas que ignoramos de la sociedad española de los siglos XIX y XX. La historia social clásica, si ha recorrido un notable camino en las dos últimas décadas, tiene todavía un futuro entre nosotros, que estamos lejos de haber agotado la mirada sociológica en su exigencia de cuantificar con rigor los hechos sociales.

¿y de la nueva historia social? Quizá todavía es pronto para presentar un análisis detallado de los caminos que está recorriendo entre nosotros ese nuevo intento de recuperar el sujeto. Sólo a modo de acercamiento, presentaré aquí el resultado de una somera pesquisa en el contenido de los doce primeros números de la revista *Historia*

Social (1, primavera-verano 1988/12, invierno 1992) con referencias marginales a *Historia social en España*, volumen que recoge, bajo la dirección de Santiago Castillo, las ponencias y comunicaciones presentadas al primer congreso de la Asociación de Historia Social y, en fin, al número monográfico que *Historia Contemporánea* (5, 1991) dedica a historia social y de las mentalidades. No he tenido en cuenta lo publicado por la más veterana *Estudios de Historia Social* porque el carácter monográfico de algunos de sus últimos números podía sesgar los resultados.

Historia Social, al presentar sus contenidos agrupados en cuatro secciones —estudios, dossiers, controversias y teoría y método, aparte de libros, que no cuento aquí—, permite realizar una exploración más completa y discriminada de la producción más reciente. En los doce primeros números, lo primero que salta a la vista es la ausencia de artículos teóricos. La sección teoría y método sólo ha aparecido en cuatro números, pero de ellos, dos son de método o, más precisamente, de técnicas, pues los dos se refieren al uso de las memorias y diarios personales para la historia social; y los otros dos no son de método ni de teoría: uno es sencillamente una interpretación ecologista de historia de América Latina; y el último es una revisión de las cuestiones suscitadas en la bibliografía por el anarquismo español.

Debíamos preguntarnos por esta carencia de reflexión teórica, especialmente porque no pocos de los miembros del consejo de redacción están realmente preocupados por la teoría y porque no faltan entre nosotros declamaciones, más bien retóricas y vacías de propuestas prácticas, sobre la necesidad de teoría para la historia y de historia teórica. La teoría emerge, en historia, casi siempre como resultado de una reflexión autónoma sobre un considerable volumen de práctica previa y de la discusión con otras ciencias sociales y con la filosofía. Ambas cosas faltan notoriamente entre nuestros historiadores profesionales, con la excepción tal vez única de los económicos que mantienen muy sugerentes debates no ya sobre los resultados de sus investigaciones, sino sobre el propio método y objeto de la historia económica.

La carencia de teoría obedece a que en las facultades de Historia y en los encuentros de historiadores no suelen suscitarse discusiones con sociólogos, antropólogos, urbanistas, demógrafos. La historia ha progresado en su autoconciencia sólo cuando y sólo si ha confrontado sus resultados con los de otras ciencias sociales. Explicar las cau-

sas de que en España no se haya producido el encuentro y la confrontación entre historiadores y otros científicos sociales obligaría a emprender un análisis sociológico de la profesión, que está naturalmente fuera de mi alcance ahora. Pero una cosa parece clara: los historiadores conocen mal la historia del pensamiento y de la investigación sociológicos. Sólo así es posible escribir que Durkheim es un evolucionista en la línea de Spencer o que Weber lo es en la línea de Spencer y Durkheim¹⁸. Más aun: sólo gracias a un trato muy superficial con la teoría sociológica puede haberse producido la lamentable confusión entre marxismo y un vulgar funcionalismo que caracteriza a un sector de nuestros historiadores teóricos¹⁹; sólo por desconocimiento puede mantenerse todavía la afirmación de que la teoría es la alternativa al positivismo, como si el positivismo no fuera una teoría y como si, para mayor inconsecuencia, no fuera precisamente esa teoría que algunos añoran, es decir, la teoría que convierte a la sociedad en objeto de una ciencia que pretende establecer leyes universales. Fue el positivismo el que reclamó para la sociedad el mismo discurso que para las ciencias naturales y sólo un positivista convencido podría afirmar que no puede haber ciencia sin una teoría general de las sociedades en movimiento²⁰. Estas afirmaciones, que no están dichas al buen tuntún, sino escritas y publicadas, muestran bien que incluso los historiadores preocupados por cuestiones teóricas incurren en errores de bulto que indican, sobre todo, los límites de sus conocimientos en campos ajenos a la especialidad: si Durkheim y Weber son evolucionistas como Spencer, ¿qué cosa sería entonces Marx, que hasta pretendió dedicar su *Capital* a Darwin?

¹⁸ Cornte, Spencer, Durkheim aparecen como los sucesivos elaboradores de la «visión evolucionista clásica», en CASANOVA, *La historia*, p. 61. A veces, esta alegría con los clásicos roza el disparate: de las «teorías evolucionistas» de Spencer, Durkheim, Weber y Tonnies se habría derivado la sociología funcionalista, según PIQUERAS, J. A., Y SEBASTIÁ, E., *Agiotistas, Negreiros y Partisanos*, Valencia: Alfons el Magnanirn, 1991, p. 13.

¹⁹ Sobre la confusión del marxismo con el funcionalismo vulgar traté en «Cuestiones de Historia», *Zona Abierta*, 33 (octubre-diciembre 1984), pp. 147-162.

²⁰ «Sin una "teoría general de la sociedad en movimiento", sabemos, no puede haber pretensión científica», asegura, con ese peculiar énfasis dogmático, PIQUERAS, JOSÉ A., en S. Castillo, coord., *La historia social en España*, p. 110, con lo que se tiene por no científica la mayor parte de la producción de las ciencias sociales, afortunadamente libre de «una teoría general...».

Sin una reflexión teórica autónoma sobre el propio trabajo y sin una confrontación con el trabajo de los demás es lógico que el nivel de controversia sea también exiguo por no decir inexistente. De nuevo: *Historia Social* sólo ha podido presentar hasta 1992 tres controversias. De ellas, dos con artículos traducidos: el célebre «Crisis política de la historia social», de los Genovese -que de todas formas hay que seguir leyendo en inglés porque se trata de una pésima traducción- y otro de nueva historia social sobre lenguaje, género e historia de la clase obrera. La única controversia entre autores españoles publicada no ha tenido por objeto la historia social, sino «nacionalismo e historia», 10 que no deja de ser sumamente significativo. No hay controversias en la revista, aunque entre nosotros sea habitual el lamento por la falta de verdadero debate.

En resumen, la escasa reflexión teórica sobre el propio trabajo y la falta de diálogo real con otras disciplinas son probablemente las causas de que entre nosotros no se haya originado nunca una corriente propia de historia social. Lo cual no quiere decir que aquí no se haga historia social: quiere decir sencillamente que no hemos originado ninguna escuela, ninguna corriente *propia* de historia social. Hemos recibido, como nuestros mayores, el influjo de escuelas o grupos establecidos en otras comunidades académicas, a las que conocemos, en general, algo tardíamente, si bien en este terreno la mayor familiaridad con el inglés y la mejor dotación de nuestras bibliotecas y hemerotecas universitarias ha reducido de forma significativa la distancia con la producción internacional.

La escasez de reflexión teórica y de controversia no debe confundirse, sin embargo, con falta de trabajo, como si todo estuviera por hacer o no se hubiera hecho nada. Si continuamos el análisis se verá que tanto el volumen como la calidad de algunas de nuestras últimas producciones no es escaso y que en no pocos campos podemos dialogar tranquilamente con nuestros colegas de más ricas tradiciones historiográficas. ¿Cuáles son esos campos en historia social contemporánea?

Volvamos a *Historia Social*, esta vez a la sección de *dossiers* para pasar luego a la de estudios. En sus doce primeros números, la revista ha presentado diez *dossiers* que iluminan inesperadamente rutas, logros y carencias de nuestra historia social. Se han dedicado, por orden de aparición, a: anarquismo y sindicalismo, populismo, historia y antropología, huelgas, crimen y castigo, historia de las muje-

res, pauperismo, dos décadas de historia social, negocios, política y poder y formación de la clase obrera. Sin violentar su contenido, esos *dossiers* son susceptibles de agruparse, por su objeto, en cuatro grandes apartados: 1) de teoría e historiografía, dos: historia y antropología y dos décadas de historia social; 2) de lo que Davis llamaría historia social clásica, cuatro: anarquismo, populismo, huelgas, negocios...; 3) de historia social a caballo entre clásica y nueva, uno, el dedicado a la formación de la clase obrera; 4) de nueva historia social, otros tres: crimen, mujer, pauperismo. Curiosamente, los trabajos elegidos para llenar los dos *dossiers* de teoría son todos, sin excepción, traducciones de autores extranjeros; todos los artículos de historia social clásica, menos dos, son de españoles; mientras que la historia social nueva y la que he definido como a caballo entre nueva y clásica aparece dominada también por traducciones aunque asoman ya tímidamente su cabeza los autóctonos.

Si estos resultados pudieran extrapolarse, y, a la vista del contenido de las otras dos publicaciones objeto de esta exploración, creo que pueden, tendríamos que para enterarnos de los debates teóricos debemos acudir irremediablemente a traducciones mientras que en historia social clásica seríamos, sin embargo, casi suficientes aunque sólo para temas regionales o locales españoles. En este campo nos queda por producir, y no es anecdótico, elaboraciones a largo plazo, tratamientos exhaustivos de ámbito estatal y comparación internacional. Es significativo que en el *dossier* dedicado a huelgas, los autores españoles se ocupen sólo de huelgas locales, mientras que el único autor que estudia la huelga a largo plazo para establecer ciclos y tendencias es italiano. No me gusta insistir sobre lo obvio, pero éste es uno de los frutos que cosechamos por nuestra más que demostrada proclividad a dedicar últimamente 10 mejor y más intenso del esfuerzo a historia local, lo que implicará un irreparable empobrecimiento en la comprensión de aquellas cuestiones que se realizan en un ámbito superior al de la localidad, región o nacionalidad, como, por ejemplo, la clase social, que no puede entenderse si no es en estrecha relación con el Estado.

Tan significativo como este dato es que, en lo que respecta a los *dossiers* que he agrupado como de nueva historia social, predominen las traducciones aunque no ocupen todo el espacio disponible. Es precisamente en este terreno donde están apareciendo trabajos de interés dedicados a la delincuencia, los marginados, el pauperismo y la

mendicidad, las mentalidades, la historia de las mujeres. Son nuevos territorios, antes menos explorados, situados en ocasiones bajo la larga sombra de Foucault y que, al contrario de la historia social clásica, no reifican la sociedad aunque tienden a reificar el discurso y sustituir el análisis de lo real por comentarios y glosas sobre discursos exteriores a lo real, en nuestro caso, discursos elaborados por autores franceses sobre textos franceses para situaciones francesas. No siempre es así, aunque en algunos trabajos recientes sobre delincuencia y clase obrera, lo que verdaderamente cuenta es el discurso de profesionales, filántropos, médicos, reformadores, moralistas, sean o no del lugar y del tiempo al que se refiere la investigación²¹.

El análisis de la sección *estudios* confirma que los autores españoles son especialmente fuertes en historia social clásica, que es, por otra parte, la que más trabajos acumula en esta particular clasificación: 13 de 29. La mayor parte de esos artículos, cinco, se dedica a clase obrera y sindicatos, seguidos de patrones, de los que se ocupan tres y, con un solo artículo cada uno, marginados, artesanos, mujeres, movimientos sociales y ejército. También es la clase obrera la que va en cabeza de lo que podría clasificarse como nueva historia cultural, con otros tres artículos, de los cuatro que contabilizo, dedicándose el otro al discurso de la muerte. Pero la revista no ofrece de este tipo de historia ningún enfoque que la diferencie de una clásica historia de las ideas o de la historia política en sentido estricto. Y por 10 que se refiere a la etnohistoria, tres artículos -sobre una comunidad obrera, el Carnaval y el débito conyugal- es todo lo que he podido encontrar.

Cuando se estudia por autores, el contenido de esos 29 artículos confirma las conclusiones anteriores: mientras los autores de los artículos de historia social clásica y de historia de las ideas son en su inmensa mayoría españoles, los que se ocupan de historia cultural y etnohistoria son extranjeros, tres franceses y una italiana. No aparece, por 10 demás, ningún autor español que haya escrito ningún artículo sobre países extranjeros, excepto un análisis del socialismo en Estados Unidos, realizado sobre fuentes secundarias; ninguno que

²¹ Sólo a modo de ejemplo citaré los libros, de muy diverso aliento, de TRINIDAD PEDHO, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, Alianza, 1991, y SIERRA ALVAREZ, JOSÉ, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*. Madrid, Siglo XXI, 1990, que destinan más de la mitad de sus páginas a discursos generados en Francia.

compare algún hecho social de su localidad con el resto de España o lo inserte en una perspectiva europea; ni ha habido tampoco en esa sección espacio para trabajos que permitan entrar en diálogo con la historia social de otros países: sólo uno, de autor mexicano y sobre el artesanado mexicano. Se percibe, en fin, un notable predominio de artículos sobre Cataluña y escritos por catalanes sobre los de cualquier otra nacionalidad o región, lo que indica claramente una mayor vitalidad de la historiografía catalana a la vez que su abrumadora dedicación a la historia de Cataluña; de doce artículos de nacionalidades o regiones, cinco se ocupan de temas catalanes, dos del País Vasco y uno de Galicia, Aragón, La Rioja, Andalucía y Valencia. Es quizá no más que una coincidencia que los dos del País Vasco se refieran a asociaciones o política patronales.

Esta breve incursión por contenidos y autores de sólo doce números de una revista no autoriza a extraer conclusiones definitivas, pero estudios de este tipo aunque más exhaustivos permitirán abandonar el lenguaje de las afirmaciones generales y moralizantes en las que a veces nos movemos cuando se trata de examinar nuestra producción. Es inútil lamentar que sea éste un país en el que no se hace crítica, en el que no se discute, en el que todos estamos apegados a las prebendas, atentos sólo a la última moda para copiarla desordenadamente, con una universidad sin disciplina intelectual, con profesores faltos de cualquier interés y ocupadísimos todos en la celebración de aniversarios. Nuestra universidad ha producido en los últimos veinte años un impresionante corpus de un tipo de historia que exige, como ninguna otra, disciplina y curiosidad intelectual, diálogo con otras ciencias humanas y con el exterior y dominio de métodos sofisticados: la historia económica —de la industria, de la agricultura, de la moneda, del transporte, de la hacienda— y la universidad que ha producido tales estudios es exactamente la misma que alberga a historiadores de lo social y de lo político. No conducen a nada, pues, las consideraciones moralizantes, los juicios de intención y las afirmaciones generales que al abarcar el todo no se refieren más que a la nada; lo que nos falta son análisis sociohistóricos de la historia y los historiadores sociales, hacer sociología de nuestra comunidad científica, de la financiación de nuestro trabajo, de la demanda realmente existente, de los productores, del producto, de la distribución y del consumo; del mercado, en una palabra. Es seguro que si emprendiéramos esos trabajos como se acomete una investigación para una tesis doctoral tropezaríamos con más de una sorpresa.